

EL JUICIO FINAL

"Todo el que quiera acercarse a Dios debe creer que el existe y que recompensa a quienes le buscan" (Heb 1 L6). Creer en Dios implica asumir que lo que hacemos o dejamos de hacer tiene relevancia para Él. Nuestras acciones tienen efectos, perceptibles e imperceptibles, como las tienen nuestras omisiones. A veces nos damos cuenta de inmediato; a menudo no nos damos cuenta del todo, y sin embargo ahí están. El sacerdote y el levita, que vieron a la víctima que había sido robada yaciendo herida en el camino y continuaron su camino, posiblemente ni se dieron cuenta que estaban violando el principio de la caridad. Pasaron y olvidaron. Pero el pecado de omisión permaneció en su existencia.

Un día, en la Presencia de Dios, todo se revelará: nuestras acciones y nuestras omisiones, y todos los ilimitados efectos que se siguieron de ella, y que continuaron ejerciendo su influencia a través del resto de la historia del hombre.

Creer en el Juicio Final de Dios es reconocer la libertad del hombre. Puesto que Dios nos creó libres arrastramos la responsabilidad de nuestras acciones y sus consecuencias.

Cuando no somos libres nada de lo que hacemos se nos puede imputar. Ocurre involuntariamente y no será castigado.

Las buenas acciones merecen la gratitud y el reconocimiento de la comunidad. Muchas cosas buenas permanecen escondidas y desconocidas para los hombres. ¿Quién las reconocerá? Las recompensas y castigos de los hombres no tienen la última palabra. A menudo son injustos. Sólo Dios conoce nuestros más íntimos pensamientos y acciones.

Un día serán revelados y recompensados.

¿Cuándo? Cristo dice. "El Hijo del hombre vendrá con sus ángeles en la gloria del Padre y entonces dará el premio a cada hombre por lo que haya hecho". Y S. Pablo: "Todos apareceremos ante el Trono de Cristo, y recibiremos bien o mal de acuerdo a lo que hayamos hecho mientras estábamos en cuerpo mortal".

En el "Último día", cuando Cristo vuelva de nuevo, tendrá lugar el "juicio Final". En su presencia se revelará lo que ahora está escondido tras mentiras y apariencias. Los últimos serán los primeros y serán realmente exaltados en el Reino de los Cielos.

Para cada individuo esta "hora de la verdad" ya llega en el momento de su propia muerte. Dice S. Juan de la Cruz: "En el atardecer de la vida seremos juzgados por nuestro amor".

Ya hoy, puedo escuchar el juicio de Cristo sobre mis acciones: a través de la voz de la conciencia. Reconociéndome como pecador delante de Él (por ejemplo en el sacramento de la Penitencia), y someténdome a su juicio misericordioso, de alguna forma anticipo el juicio que acaecerá al final de la vida terrena. Y cuando comencemos con creciente sobresalto a darnos cuenta de nuestra indignidad, cuando nuestro propio corazón nos condene, entonces la fe en el infinito amor del juicio de Dios nos dirá: "Dios es mayor que nuestros pecados" (1 Jn3: 20)